

Sobre el racismo y la xenofobia

**Salustiano
del Campo**

Varios desgraciados incidentes, sucedidos en años recientes, nos obligan a reflexionar sobre la situación actual de España en lo que se refiere a la migración. En muy poco tiempo hemos dejado de ser un país cuyos habitantes marchan a buscar trabajo fuera de nuestras fronteras y hemos pasado a recibir oleadas de personas con ese preciso objeto. Y eso se ha dado con la misma rapidez y tanto silencio como el que rodea nuestro enorme descenso de natalidad, desde una situación en la que ésta seguía estando no hace mucho por encima del nivel de reposición de las generaciones.

Efectos del desarrollo económico

«Las desigualdades entre naciones es tan grande a escala internacional que uno de los medios principales de compensarlas son las corrientes migratorias.»

El desarrollo económico ha producido para nosotros los mismos efectos que para los países que se industrializaron antes. De hecho, las desigualdades entre naciones es tan grande a escala internacional que uno de los medios principales de compensarlas son las corrientes migratorias, que intentan vanamente equilibrar mediante la emigración el pésimo nivel de vida del setenta y siete por ciento de los habitantes de la tierra con el estado de opulencia del 23% restante. Lo más seguro es que este objetivo jamás se conseguirá así, pero en el plano individual el que cambia de mundo se salva.

Obviamente, no es éste el lugar adecuado para considerar todas las facetas del fenómeno migratorio, tal y como éste se produce en nuestro mundo. Ya es bastante intentar hacerlo para el caso de España, donde los principales factores tienen que ver con nuestra posición geográfica y nuestra historia y, por supuesto, con nuestra reciente prosperidad. Por lo que hace a lo primero, hoy somos centro de atracción para aquellas gentes que, procedentes de los países del Sur del Mediterráneo, de Iberoamérica y de la fenecida Unión Soviética, buscan mejorar sus condiciones de vida. También, todo hay que decirlo, para otros emigrantes ricos, principalmente de la Comunidad Europea y de Norteamérica.

El número de extranjeros residentes en nuestro país se cifra actualmente en más de medio millón, habiéndose duplicado durante la última década. En 1991 se acogieron a la oferta de regularización de nuestro gobierno unos 120.000 trabajadores, aunque todavía permanecen bastantes sin haber legalizado su situación y han llegado otros con posterioridad a dicho año. En cualquier caso, este contingente de personas, incluidas las omisiones, no representa más del 2,5% de la población total y con los que trabajan sucede otro tanto respecto de la población ocupada de España, que es de doce millones y medio de personas. ¿Quiere decir lo anterior que se trata de un asunto de poca importancia y que la atención que se le presta es exagerada? Creo que no, pero opino también que hay que decir algunas cosas que no siempre se tienen presentes. Para empezar, que por muy buena voluntad que tengamos los españoles no podemos ni soñar en resolver por nosotros mismos la terrible desigualdad que existe entre los países desarrollados y no desarrollados en el mundo.

Somos una nación modesta cuyo territorio supera algo el medio millón de kilómetros cuadrados y cuya población se cifra en unos treinta y nueve millones de habitantes, que equivalen al 0,7 del total mundial. Enfrente se halla la realidad de 4.255 millones de seres humanos en los países subdesarrollados y 1.271 en los industrializados. Dentro de este marco resulta claro que no podemos hacer directamente demasiado, pero que tenemos la obligación moral de realizarlo hasta donde alcancen nuestras fuerzas. Estas naturalmente tienen que tener en cuenta, por un lado, los tres espacios más próximos a nosotros de los que antes hablé y también nuestra crisis económica. No es un asunto trivial que tengamos ya más de dos millones y medio de parados y que el desempleo no lleve trazas de remitir en el futuro inmediato. Como consecuencia de ello, hemos de compaginar la compasión que nos invade cuando observamos las desgraciadas circunstancias en que viven infinidad de seres humanos contemporáneos con el sobrio reconocimiento de nuestras propias posibilidades. El resultado no puede ser sino una política demográfica que tenga en cuenta nuestra baja natalidad, nuestro nivel de renta por habitante y la existencia de trabajos

«El número de extranjeros residentes en nuestro país se cifra actualmente en más de medio millón, habiéndose duplicado durante la última década.»



que los españoles ya no quieren hacer, entre otras variables, a la vez que se impone también colaborar con los organismos internacionales que tienen programas para favorecer el desarrollo de los países pobres, ayudándoles a establecer industrias y mejorar *in situ* las condiciones de vida de sus habitantes.

Contra la xenofobia y el racismo

«Hemos de compaginar la compasión que nos invade cuando observamos las desgraciadas circunstancias en que viven infinidad de seres humanos contemporáneos con el sobrio reconocimiento de nuestras propias posibilidades.»



Al mismo tiempo que a todo eso, hemos de atender también a las consecuencias que la inmigración acarrea para España dentro de nuestras propias fronteras. Pensar que la relación entre personas de diferentes culturas y nacionalidades puede ser tan suave como la seda es absolutamente utópico. La distinción entre propios y extraños es vieja como la humanidad y ha servido de base para establecer la distancia social entre los grupos y las personas y ha motivado en último extremo toda clase de atropellos a lo largo de la historia humana. El odio al extranjero y al diferente en el seno de una misma sociedad ha recibido diversos nombres y se ha manifestado con una crueldad particular en determinados momentos aunque su fundamento no haya sido siempre la biología. Un ejemplo abominable lo constituye el antisemitismo de la Alemania nazi, donde se exaltaba la pureza de la sangre y se acabó exterminando a millones de judíos en las cámaras de gas. Más común es la discriminación, que se ha dado y aún existe en las sociedades occidentales, con distintos grados de tolerancia, mientras que la sociedad alemana sigue concibiendo la ciudadanía según un criterio étnico que excluye la integración del extranjero, que no deja de ser un trabajador invitado y que provoca con su misma presencia disturbios como los recientes de Rostock.

Nosotros carecemos de la experiencia de contar con una población racialmente heterogénea dentro del actual territorio español. La población gitana, que es nuestra minoría étnica más importante, ha vivido y vive más o menos marginada, aunque los casos de enfrentamiento colectivo con la mayoría no son muy numerosos y, además, se extiende la convicción de que hay que actuar positivamente para mejorar este estado de cosas.

Casi de repente, sin embargo, se han producido varios sucesos desgraciados y rechazables, que han instalado en mitad de la sociedad española el fantasma horrible del racismo y de la xenofobia. Mejor dicho, que han dado ocasión para que la casi totalidad de los españoles repudiemos hechos como el reciente asesinato de la dominicana Lucrecia Pérez en Aravaca, como años antes las agresiones contra los gitanos de Mancha Real, y también para que algunos intenten convencernos a to-

dos de que somos un país tan racista como el que más. Los que así opinan no tienen razón, pero no está de más que vigilemos para que la situación no se deteriore y acabemos convirtiendo en verdaderas sus afirmaciones.

Sacar las cosas de quicio no conduce a nada. El lamentable episodio de las pateras procedentes de Marruecos trayendo emigrantes africanos a nuestras costas durante el verano pasado, no puede provocar el des-mantelamiento de una política de emigración, que hay que revisar y mejorar si procede, pero que debe mantenerse mientras esté en vigor la Ley de 1985. Así lo hacen los demás países europeos, que se enfrentan actualmente a problemas que son ya viejos en Norteamérica y en la misma dirección apunta la manifestación de la Comisión Interministerial española de Extranjería, que considera que nuestro país podrá aceptar el próximo año alrededor de 20.000 nuevos inmigrantes y está dispuesta a negociar dicho cupo con la patronal y los sindicatos. Según aclara la mencionada Comisión Interministerial, la mayoría de estos inmigrantes trabajarán en el servicio doméstico o como temporeros agrarios, es decir, en tareas que los españoles desdeñan. Ahora bien, corresponde al gobierno velar porque nadie los explote y garantizar sus derechos humanos y sociales y económicos. Y esto no se refiere solamente a los que les proporcionan empleo, sino también a las mafias que los introducen clandestinamente en España y a cualesquiera otras personas que los sometan a abusos.

Explotación y racismo no son términos necesariamente equivalentes, aunque a menudo se dé la explotación racista. También la hay del nacional pobre, que es discriminación. Nadie puede evitar, además, que los sectores menos favorecidos de la población española teman la competencia de unos inmigrantes que están dispuestos a aceptar condiciones peores para trabajar, porque lo mismo ha pasado antes en los demás países con inmigración. Otra cosa es que se discrimine y persiga al extranjero por serlo y se le increpe y hasta asesine.

Las encuestas disponibles no muestran que la población española sea racista, ni que la xenofobia haya alcanzado aquí el mismo grado que en otros países europeos. Las tres cuartas partes o más de los entrevistados se tienen por no racistas y dos tercios no votarían por partidos en cuyo programa se propusiera la prohibición de entrada de trabajadores extranjeros. No obstante, uno de cada dos españoles piensa que los únicos extranjeros que deben venir son los que tienen contrato de trabajo.

A la inmensa mayoría de los ciudadanos nos avergüenzan crímenes como el de Aravaca, pero no tenemos por qué considerarnos culpables. Lo que nos corresponde es reclamar al gobierno que reprima esta manifestación de delincuencia, eso desde luego, y también que formule y

«Pensar que la relación entre personas de diferentes culturas y nacionalidades puede ser tan suave como la seda es absolutamente utópico. La distinción entre propios y extraños es vieja como la humanidad.»



**«Explotación y racismo no son
términos necesariamente
equivalentes, aunque a
menudo
se de la explotación racista.
También la hay del nacional
pobre, que es discriminación.»**



mantenga una política realista y viable de inmigración como parte integrante de una política social que sea adecuada para el tiempo que vivimos y digna de los verdaderos sentimientos de nuestra población. A los científicos sociales, además, nos incumbe advertir que las futuras sociedades europeas, y la nuestra entre ellas, van a ser multiculturales y multirraciales y que esto exige que la población se eduque para vivir en ellas y, naturalmente, para integrar a los emigrantes.